

Sociedad y política rural chilenas en un enfoque comparativo*

A. J. Bauer

Universidad de California (EE.UU.)

Permítaseme empezar con el obstáculo fundamental que presenta esta empresa: ¿qué podría decir un extranjero —peor todavía, un gringo— acerca de la historia de otro pueblo? Empecé a tomar conciencia de este problema hace algunos años, cuando volví a mi tierra natal, un aislado rincón de Kansas, más o menos el Linares o el Parral de los Estados Unidos, aunque sin viñedos. Mis antepasados eran campesinos norteamericanos, esto es, gente a la cual nuestra Historia Oficial nunca ha dado crédito de existencia. A ellos, creo, les debo lo que he llegado a entender de Chile. Recuerdo especialmente una tarde de otoño, en el campo, escuchando a mis ya ancianos padres y a sus vecinos mientras hablaban —en un acento que ahora me parece extraño— de su vida y su trabajo, de sus dudas y sus deudas. Traté de imaginarme sentado entre nosotros a un profesor chileno de Historia o Sociología, con poco dominio del inglés, recién llegado a realizar trabajo de campo para su nuevo proyecto sobre “La sociedad y política rural de Kansas oriental”. ¿Sería capaz de entender el sentido de la vida de estas personas? ¿Comprender sus valores y motivos? Lo dudaba.

Entonces, cuando se trata de elaborar la historia de otros pueblos, la modestia es la orden del día. También es cierto que ocasionalmente un forastero puede vislumbrar cosas que los nativos no ven. Alexis de Tocqueville, un aristócrata francés, escribió —después de sólo nueve meses de investigación de campo, y sin beca— un brillante libro sobre la primitiva democracia estadounidense; y es un hecho que dos extranjeros, Claudio Gay y George McBride, escribieron libros que aún se leen sobre

temas muy cercanos a los intereses de este seminario.

Así, no tengo intención de dictarles cátedra en cuanto a su propia historia. Pero si quisiera plantear cómo aparecen algunos aspectos de esa historia vistos desde fuera. Esa es la tarea que me parece más apropiada para un forastero: señalar lo insólito y utilizar la propia experiencia para desentrañarlo. Tal esfuerzo sugiere comparación, pero la historia comparativa es semejante al clima: todos se quejan respecto a él, pero nadie hace nada. Y las razones son obvias. Pocas personas conocen en profundidad más de una nación o sociedad. Además, ¿se hace comparación en el tiempo o en el espacio? ¿Cuáles son las unidades idóneas que se deben comparar? ¿Regiones? ¿Instituciones? ¿Naciones? ¿Richelieu y el Conde-Duque de Olivares? A pesar de todas las dificultades y tropiezos, se han hecho algunos buenos trabajos: existen estudios comparativos de la minería de plata en el Perú y la Nueva España; de economías del café en América Central. Tenemos el trabajo de Barán y Nahum sobre Uruguay y Nueva Zelanda y, más recientemente, el análisis comparativo sobre las llanuras y la pampa, de Carl Solberg, un brillante trabajo que explica las peculiaridades tanto de Canadá como de Argentina.¹

Entonces, ¿qué hay en esta hermosa tierra que parezca poco usual para un extranjero? Para empezar, existe aquello que constituye el tema central de esta conferencia: la estructura social y política del campo. Esta problemática nos plantea

* Ponencia presentada al Seminario “Sociedad Agrícola y Minería Chilena en la Literatura y en la Historia”, Universidad de Santiago, Santiago de Chile, julio 1989.

1. Carl Solberg, *The Prairies and the Pampas* (Stanford, CA, 1988); Michael Jiménez, “Travelling far in Grandfather’s Car: the Life Cycle of Central Colombian Coffee Estates”, *Hispanic American Historical Review* 69, no. 2 (May, 1989): 185.

dos preguntas, obviamente vinculadas: ¿cómo se explica la larga duración del fundo chileno y de esa peculiar institución que es su inquilinaje, y al mismo tiempo que no haya habido ningún levantamiento de importancia contra ninguno de los dos hasta hace muy poco tiempo? Quizás sea como aquella vez que le preguntaron a un hombre si le gustaba su esposa: "¿Comparada con qué?", respondió.

Propongo entonces un bosquejo de algunos sistemas agrarios tanto europeos como americanos dentro del marco de dos crisis: la llamada "Gran Depresión" del último tercio del siglo pasado, y la "Crisis Mundial" de los años treinta. Ambas sacudieron hasta sus bases las economías y sociedades rurales, y ambas exigieron reajustes fundamentales. En mi opinión, la manera en que respondieron los chilenos —trabajadores, campesinos, terratenientes y el Estado— configuró profundamente la trayectoria de su historia y una vez más reveló la multiplicidad de tiempo histórico presente al mismo tiempo en el enorme sistema del mundo Atlántico.

1. La "Gran Depresión" del siglo XIX

En su dimensión agropecuaria, la Gran Depresión (aprox. 1873-1896) provocó la baja de los precios de los granos y la carne en la economía mundial. Tras esta baja había fletes más baratos, los ferrocarriles y navíos de vapor, el Canal de Suez y un mejor conocimiento de la geografía oceánica, que redujo el tiempo de viaje de los barcos. Todo ello permitió que los productores de cereales y ganado en las nuevas o recientemente abiertas tierras de Canadá, los Estados Unidos, Argentina, Australia y Ucrania, entraran al mercado mundial, con efectos dramáticos en las economías locales. El promedio anual de exportaciones del trigo, por ejemplo, aumentó casi seis veces, de 130 millones de fanegas en los años 1873-74, a casi 748 millones en 1924-29. En Chile central, donde se sintió el efecto un poco más tarde que en otras regiones, el precio de 3.38 pesos la fanega para el trigo en la década de 1870, se desplomó durante los subsiguientes quinquenios a 2.62, 2.49, 1.85 (en pesos equivalentes a libras esterlinas).

La reacción local varió alrededor del mundo, pero se pueden identificar dos tendencias principales. En las tierras recién colonizadas, especialmente en el medio oeste de Estados Unidos, el oeste de Canadá y Australia, pero también en zonas más antiguas —como East Anglia, en Inglaterra—, la

familia nuclear campesina llegó a ser la principal unidad de producción, con mano de obra —a menudo impaga— provista por los mismos esposos e hijos. Los lazos familiares resultaron así un medio de explotación más eficaz que el capital. Esta fue la observación de A. V. Chayanov unas décadas después, mientras investigaba la agricultura soviética. Lamentablemente, su infatigable trabajo lo involucró íntimamente con la realidad social, y pagó el precio de ello con el exilio a Alma Ata. De tal destino, los ratones de biblioteca no tenemos mucho que temer.

Hubo también otras reacciones a la crisis y a la baja de los precios agrícolas. Por ejemplo, se expulsó a los productores débiles y a los campesinos tradicionales de sus parcelas. Así, los mismos vapores que llevaban toneladas de trigo barato norteamericano al este de Europa, volvían llenos de campesinos desposeídos, los que, una vez asentados en las nuevas tierras, en granjas más grandes y mecanizadas, llevaron aun más lejos el proceso original, esto es, la conversión de la unidad familiar en unidad de producción. Incluso el que yo esté aquí ahora hablándoles, se debe indirectamente al mismo proceso: mis antepasados eran campesinos alemanes expulsados de sus pequeños pedazos de tierra por la Gran Depresión. Habían abandonado su Swabia natal, donde se bebía vino y se bailaban danzas campesinas, para ir a los ásperos llanos del capitalismo agrario en Kansas. Y unas pocas generaciones después, yo, como los hijos de miles de inquilinos en Chile central, dejé el campo por las brillantes luces de la ciudad.

Una reacción, entonces, a la coyuntura del último tercio del siglo pasado, fue la tendencia a la producción especializada en unidades privadas familiares, en las cuales los padres, las hijas y los hijos, proveían la mano de obra. Como todos saben, V. I. Lenin —recurriendo al caso que mejor conocía— llamó a este proceso, el "camino granjero" al capitalismo agrario.²

La segunda respuesta general a la crisis de fines del siglo xix fue la transición a la salarización del trabajo. En muchas regiones donde regía el

2. Para una reciente exposición y aplicaciones latinoamericanas de los caminos "granjero" y "prusiano", véase Alain de Janvry, *The Agrarian Question and Reformism in Latin America* (Baltimore, MD, 1981), especialmente pp. 106-9. Para una buena comparación del caso chileno, véase Cristóbal Kay, "Comparative Development of the European Manorial System and the Latin American Hacienda System", *Journal of Peasant Studies* 2, no. 1 (Oct., 1974): 69-98; "Political Economy, Class Alliances and Agrarian Change in Chile", *Journal of Peasant Studies* 8, no. 4 (July, 1981): 485-513.

sistema señorial tradicional, los terratenientes racionalizaron la producción expulsando a sus trabajadores residentes para reemplazarlos por jornaleros. Este proceso atrajo la atención de diversos estudiosos, entre ellos Max Weber, que explicó cómo los junkers de allende el Elba reemplazaron a sus "inquilinos" —que trabajaban en el latifundio a cambio de derechos precarios a casa y chacra— por inmigrantes polacos que trabajaban a sueldo mínimo. El Profesor Jan Bazant describe la misma tendencia: los hacendados porfirianos en México central redujeron el número de sus *peones acasillados* y los reemplazaron con *luneros* o jornaleros reclutados de las comunidades vecinas, donde el crecimiento demográfico combinado con la escasez de recursos empujó a los pobres al mercado de trabajo. El mismo modelo surgió en años recientes en El Salvador, Colombia, el Perú antes de 1968, y en Chile durante los años cincuenta y principios de los sesenta.

2. La excepción o anomalía chilena

En los inicios de la depresión agrícola del siglo XIX, la estructura rural chilena, descrita en la obra clásica de Claudio Gay, se parecía, y a la vez era muy distinta, a la de otros sistemas agrarios hispanoamericanos y europeos. En Chile, como en México, Ecuador, el Perú y Bolivia, dominaban el paisaje las grandes haciendas, en las cuales vivían y trabajaban miles de asentados, los equivalentes al *inquilino*, llamados según el país, *peón acasillado*, *huasipunguero*, *yanacóna*, *colono* o *concertado*. Pero a diferencia de esos países, o de la Europa continental, no hubo en Chile un campesinado independiente, en el sentido de comunidades o aldeas de campesinos. En la ausencia de una comunidad campesina indígena arraigada, sedentaria, durante el siglo XVIII la Corona española se esforzó —como lo demuestra Gabriel Salazar— en formar comunidades "a la europea" a través de todo el Valle Central, para asentar a la gente de campo sin tierras, que por esa época sumaba miles. Con el tiempo, estas fundaciones llegaron a conformar las villas de Chillán, Talca, Curicó, San Fernando, Los Andes y otras más, las que sin embargo nunca fueron reconocidas como comunidades indígenas o campesinas.³ Al contrario, desde el siglo XVIII en adelante se contratan peones a jornal como trabajadores temporeros,

para complementar a los inquilinos residentes en los fundos. Dichos peones provenían de la creciente población flotante que migraba a lo largo del Valle Central —apenas echando raíces en esos dispersos "pueblos de calle larga" incrustados en los resquicios de un campo dominado por el latifundio—, para llegar a golpear los portones de las haciendas buscando trabajo.

Cuando los precios agropecuarios emprendieron su inexorable caída en los años de la Gran Depresión, los hacendados chilenos y el Estado (que de ninguna manera son la misma cosa) tuvieron que considerar algunas alternativas. La opción de parcelar o subdividir la tierra parece tan improbable hoy como lo era entonces, y lo mismo puede decirse de la posibilidad de un movimiento surgido desde abajo, conducente a una reforma agraria precoz, o de que el Estado desarrollara un plan de colonización. De hecho, cuando esto pudo hacerse —durante la apertura de la frontera con la Araucanía en la década del ochenta del siglo pasado—, también prevaleció el latifundio. Así es que si ese camino, que muchas sociedades tomaron en esos años, no era una opción realista, ¿qué hay entonces de la posibilidad de una reforma del inquilinaje, o aun de una transición a un sistema con mano de obra asalariada, o sea una transición completa al capitalismo agrario?

Durante los años setenta y ochenta del siglo pasado, en los peores años de la crisis, el inquilinaje llegó a ser el blanco de vociferantes críticas, la mayor parte provenientes de Santiago, donde los ingresos de la exportación de minerales y trigo, aplicados a la modernización urbana, rápidamente ensanchaban la brecha entre ciudad y campo. Escritores e intelectuales urbanos se lamentaban ante la recién descubierta "condición servil", la "inmundicia", la "miseria" e "ignorancia" en que se hacía vivir a los inquilinos. Pero al mismo tiempo, los hacendados emprendían no la abolición del inquilinaje, sino su extensión. Como preguntaba un escritor del *Boletín* de la Sociedad Nacional de Agricultura en 1887, "¿qué sería de nuestra agricultura sin este elemento de vital importancia?" Sin los inquilinos, pensaba, "la agricultura moderna no sería posible" (subrayado mío). Julio Menadier, el astuto director del *Boletín* y hábil portavoz del sector dinámico de "agricultores progresistas" de aquellos años, escribió que "nuestro inquilinaje es una institución *sui generis* y, lejos de combatirlo, los hacendados y legisladores deben hacer un esfuerzo para desarrollarlo en mayor escala".

3. Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago, 1985), 45-66.

Y así lo hicieron. Durante las décadas siguientes, miles de familias adicionales fueron asentadas en los fundos para aumentar el grupo estable y conservador de inquilinos. Es difícil clasificar a este campesinado, puesto que la estadística del siglo pasado, e incluso hasta los años treinta de éste, no distingue categorías en la población rural. Dada esta situación, caben distintas opiniones, y es así que recientemente tres libros fundamentales han originado distintas interpretaciones. Gabriel Salazar—cuyo maravilloso *Labradores, peones y proletarios* rescata y trae a la luz a aquellos que han vivido en la sombra de la historia— subraya la importancia para la agricultura chilena de los trabajadores que no eran inquilinos, pero interpreta el asentamiento de trabajadores adicionales en el fundo no como una extensión del inquilinaje, sino como el desarrollo de un “peonaje estable”.⁴ Así, por ejemplo, lo que Menadier elogia en el dueño de la hacienda Viluco como extensión del sistema de inquilinaje—el asentamiento de unos doscientos “peones sedentarios” adicionales, a los que se dio casa y chacra de tres cuartos de hectárea—es interpretado por Salazar como un abandono del inquilinaje hacia un sistema de “peonaje estable”. Y es cierto que a los recién reclutados se les dio menos tierra y regalías, y se les exigió más días de trabajo.

Por su parte, Roberto Santana, en las cuidadosas reflexiones de su *Paysans dominés*, escrito cinco años antes que el trabajo de Salazar, hace hincapié en la “nueva forma de inquilinaje” que apareció en la década de 1870, y propuso un modelo de dos vías: por un lado, según él, hubo un desarrollo de una minoría de relativamente prósperos medieros y pequeños empresarios rurales residentes en el fundo; y por otro, un número creciente de residentes “semiproletarizados”, pagados en moneda sonante en vez de regalías.⁵

José Bengoa, autor de un tercer y fundamental libro sobre el Chile rural, *El poder y la subordinación*, emplea la misma estadística examinada por Santana y Salazar, pero concluye que en los últimos años del siglo pasado aumentó el inquilinaje en Chile—emplea el término “reinquilinización”—, mientras la proletarianización se limitaba a fundos especializados (como lecherías, por ejemplo) cerca de Santiago, y a fundos medianos en la región de San Felipe y Los Andes.⁶ El *Censo de Agricultura de*

1935—el primero, creo, que distingue entre “agricultor” e “inquilino”—indica que sólo 30 por ciento de los trabajadores rurales eran inquilinos, pero resulta que un 33 por ciento adicional es descrito como “peones” o “gañanes”, miembros de las familias de inquilinos o que vivían allegados a ellas. Sólo el 28 por ciento aparece como “afuerinos” o jornaleros estacionales. Por su parte, George McBride, observando de cerca el campo chileno en los años treinta, no tuvo ninguna duda en cuanto a la importancia central de los inquilinos, que—según él—doblaban en número a los asalariados.

¿Cómo se podría reconciliar estas distintas interpretaciones? En primer lugar, no hay duda de que el inquilinaje cambió a través del siglo, hasta el gobierno de E. Frei y la Reforma Agraria, y pocos creen actualmente que el término “inquilino” describa a un solo tipo de trabajador rural. Pero más allá de que las distintas mutaciones del inquilino sean llamadas “peones estables” o “semiproletarios”, sus relaciones económicas y sociales con los patrones permanecieron esencialmente intactas. Seguían intercambiando su trabajo por derechos precarios a tierra y regalías; seguían siendo parte de un compromiso desigual que confirmaba el poder político de la clase hacendada. Así, bajo el impacto de la Gran Depresión del siglo pasado, la agricultura chilena no tomó ni el “camino granjero” de unidades privadas familiares, ni tampoco el “camino prusiano” de expulsión del inquilinaje asentado y contratación de mano de obra asalariada. Al contrario, hubo una “reinquilinización” en cierta manera diferente al sistema original, y el fortalecimiento de una economía señorial y del dominio patronal en el campo.

3. La Crisis Mundial de los años treinta

Cincuenta años después de que en muchas partes del mundo la Gran Depresión del siglo XIX lanzara a la población rural por distintos caminos al capitalismo agrario, con la Crisis Mundial de los años treinta vino otro golpe. Los precios agrícolas bajaron de nuevo a un tercio de su valor, y los términos de intercambio se hicieron desfavorables al campo. Sin embargo, donde antes el campesinado estaba dispuesto a aceptar su destino o expresar su descontento a través de la migración, ahora una reacción violenta azotó varias partes de nuestra América y del mundo. Por ejemplo, el ejército salvadoreño aplastó a los militantes trabajadores del café en la “matanza” del año 32, en la cual murieron entre diez y treinta mil personas. En Costa Rica violentas

4. Salazar, *Labradores*..., 164-66.

5. Roberto Santana, *Paysans dominés: lutte sociale dans les campagnes chiliennes (1920-1970)* (Paris, 1980), 84-91.

6. José Bengoa, *El poder y la subordinación* (Santiago, 1988), 267-68.

huelgas terminaron en una alianza entre campesinos del altiplano y los trabajadores de la costa. Regiones de Colombia "se hundieron en conflicto social" cuando entre diez y quince mil colonos, trabajadores y migrantes, se levantaron en el campo. En México, el gobierno de Lázaro Cárdenas llevó a cabo una reforma masiva en el campo como reacción al movimiento revolucionario que había dejado un millón de muertos en las dos décadas anteriores. En el Perú, el APRA trató de organizar a los pequeños propietarios y proletarios rurales en un partido político popular con, como resultó, un desenlace desastroso. Al mismo tiempo en Chile, a pesar de la militancia creciente de los sindicatos industriales y mineros y de la presencia de partidos políticos urbanos, el campo quedó esencialmente tranquilo. Brian Loveman, con datos del archivo de la Oficina del Trabajo, ha detallado el esfuerzo que se hizo para organizar a los sindicatos campesinos y el poco éxito que se tuvo entre los años 1920 y 1960. Es cierto que hubo inevitables conflictos a nivel de los fundos; sin embargo, es difícil hablar de una "militancia campesina", hasta la Reforma Agraria de los sesenta y la politización y concientización que la acompañaron. De hecho, los campesinos chilenos no se rebelaron, no se levantaron, ni aun cuando, como ocurrió en 1891, un conflicto en el interior de la clase dominante dio pretexto y oportunidad para ello. Los trabajadores rurales permanecieron aislados de las corrientes vitales de la política nacional; su única alianza era con aquella clase que era a la vez su "benefactor" y su opresor.

El momento clave en esta trayectoria política parece estar en los años del Frente Popular, cuando coincidieron los intereses de los mineros, del proletariado urbano y de los nuevos industriales, en la necesidad de abaratar los alimentos. Pero en vez de presionar contra la todavía poderosa clase hacendada, buscaron una meta más limitada, la de precios agrícolas controlados. Para los dirigentes políticos urbanos era obvio que un alza en los precios agrícolas carcomería los sueldos del proletariado y acarrearía problemas políticos en la ciudad. Durante los años siguientes, cada vez que el conflicto entre la ciudad y el campo amenazaba con "perturbar la paz social", los industriales, el proletariado urbano y los hacendados llegaron a un entendimiento mutuamente beneficioso, a expensas del campesinado: los hacendados se manifestaban dispuestos a aceptar precios controlados, siempre y cuando los "cuadros marxistas" no intentaran organizar al campesinado. Así, no se permitían sindicatos en el campo y el costo del trabajo rural se

mantuvo bajo. Los terratenientes y los trabajadores se quedaron con el sistema que habían reforzado cincuenta años antes y que perduraría dos décadas más, hasta el amanecer de las cataclísmicas luchas políticas que tuvieron lugar a partir de los años sesenta.⁷

4. Algunas hipótesis contrafactuales

Con el fin de comprender más claramente las implicaciones que tuvo para la historia chilena lo que realmente sucedió en el campo, imaginemos por un momento la historia en el modo subjuntivo: *qué hubiera sucedido* si hacendados y campesinos hubieran tomado otra ruta cuando se bifurcó el camino en el último tercio del siglo pasado.

Como se mencionó más arriba, parece insensato imaginar un "camino granjero"; es decir, una reforma precoz de la propiedad o una masiva redistribución de la tierra, en el siglo XIX. Los grandes fundos estaban firmemente atrincherados, y sus dueños muy poco dispuestos a considerar una subdivisión voluntaria o cualquier esquema real de colonización, sin considerar que ni siquiera existía presión política alguna en ese sentido. Pero entre las alternativas hipotéticamente abiertas entre 1860 y 1880, sí es posible imaginar el "camino prusiano", o al menos una versión chilena de él. Es especialmente fácil imaginar esa posibilidad, ya que casi un siglo después fue la elegida.

Tenemos entonces la siguiente pregunta: ¿Cuál hubiera sido el curso de la historia chilena si cien años atrás se hubiera elegido el "camino prusiano"? Imaginemos que en vez de reforzar el sistema de inquilinaje, los terratenientes hubieran desalojado a los trabajadores residentes para transitar al régimen asalariado. O supongamos que los inquilinos mismos hubieran elegido abandonar los fundos en masa para buscar empleo en otras parte. Si examinamos los obstáculos a estas posibilidades, y las implicaciones en el caso de que hubieran sido exitosas, quizás podamos comprender mejor la importancia del campo en la trayectoria de la historia chilena reciente.

a) Aspectos económicos

Suponiendo por el momento la capacidad y la dis-

7. Sergio Aranda y Alberto Martínez, "Estructura económica: algunas características fundamentales", en *Chile Hoy* (Santiago, 1970): 134; véase también Brian Loveman, *Chile*, 2ª ed. (New York, 1988), 235-54.

posición por parte de los terratenientes para tomar decisiones basadas en razones puramente económicas, podemos describir las condiciones que los hubieran persuadido a expulsar a los inquilinos, o las circunstancias que hubieran impulsado a los inquilinos a abandonar el fundo. Me parece que cualquier dueño de fundo habría tenido que considerar principalmente dos cosas: (1) si el valor de las regalías (tierra y ración) que se daba al inquilino había subido en relación al valor de su prestación de trabajo; y, (2) si costarían menos los salarios de los peones reemplazantes que el paquete de regalías otorgadas a los inquilinos. En cuanto a los inquilinos, habrían tenido que preguntarse si era posible obtener ingresos más altos y una mejor vida en otra parte. Si los hacendados hubieran desalojado a sus inquilinos y cambiado a un régimen asalariado, habrían tenido que competir con los salarios que se pagaban en la industria, la minería y la construcción, o correr el riesgo de perder a sus trabajadores. Dicho de otra manera, para retener los servicios del inquilino desalojado, el hacendado habría tenido que pagarle un salario en moneda equivalente al paquete total que había recibido como inquilino, o pagar a los peones —los afuerinos— un sueldo suficiente para asegurar su presencia durante los días claves del ciclo agrícola. Si el desalojo o abandono hubieran creado un alza de salarios en el nuevo mercado de trabajo, los hacendados habrían estado obligados a invertir sus ganancias en la modernización del agro, en vez de construir mansiones en Santiago e importar bienes de lujo. La otra posibilidad es que el desalojo y subiguiente proletarianización de los inquilinos hubiera provocado una baja de salarios, y así una reducción de los costos totales. Esta es, por supuesto, la lógica del "camino prusiano".

No podemos saber en qué medida el "camino prusiano" hubiera afectado el nivel de salarios, pero sí sabemos cómo percibían los terratenientes la odiosa posibilidad de libre competencia con otros sectores. Estaban completamente conscientes de la amenaza que presentaría un libre mercado de trabajo o, mejor dicho (ya que formalmente los inquilinos podían dejar el fundo a su propia voluntad), la amenaza de un libre mercado de trabajo sin los lazos que representaban la costumbre y el paternalismo. En la década de 1870, los contratistas empleados por los FF.CC. y las oficinas salitreras ofrecieron salarios suficientes para atraer a unos 30 mil trabajadores del Valle Central, mientras los hacendados insistían apasionadamente en la necesidad de arrastrar a sus peones e inquilinos en el fundo por

medio de tierras y regalías.

Los hacendados no pudieron haber seguido la práctica de "inquilinización" sin la cooperación de los mismos inquilinos; en vez de verlos inevitablemente como "víctimas", debemos entonces recordar que en esta historia los trabajadores también eran actores, e intentar ponernos en su lugar. Obviamente esto es difícil, ya que —como otras culturas similares— han dejado pocos documentos, lo que obliga a inferir sus motivaciones teniendo como material sólo la huella de sus acciones. Salazar y Bengoa emplean la literatura popular para acercarse a la mentalidad rural, y en las notables historias orales recopiladas y elaboradas por Ximena Valdés y sus colegas, podemos oír la voz de los propios hombres y mujeres del campo.⁸ Y aunque es cierto que sus testimonios se refieren a una época posterior —desde 1930 en adelante—, me parece que en estas entrevistas surgen verdades sumergidas de la mentalidad campesina.

Pocos campesinos creían en la posibilidad de una alternativa a la vida que llevaban; aun después de la aparición de periódicos y de la radio, la mayoría vivía convencida de que nada se podía cambiar, o de que si hubiera un cambio, resultaría para peor. Con la mejor tierra en manos de unos pocos terratenientes, por un lado, y miles de personas sin tierra, al otro, muchos codiciaban una posición en el fundo; querían ser inquilinos. Eran "libres", en el sentido liberal de la palabra, para hacerse inquilinos, y ninguna ley ni estatuto extralegal los obligaba a permanecer en el fundo, pero —y esto era el mayor problema— no tenían defensa contra el desalojo. Precisamente la amenaza de ser expulsados al subproletariado de afuerinos era el arma más poderosa esgrimida por los hacendados, desde que para los inquilinos su vida en la hacienda era indudablemente superior a la que podían encontrar fuera de ella, o en las desérticas salitreras del norte.

Se pueden expresar, en fin, todas estas explicaciones y justificaciones en términos económicos; en la realidad, sin embargo, pocos hacendados hicieron cálculos económicos tan explícitos. En tanto la tierra fuera barata en relación a los salarios y, sobre todo, si podían pagar en regalías y evitar el pago en efectivo, los hacendados se resistían al cambio. La mano de obra asalariada acompañada por mecanización y modernización pudiera haber sido provechosa, pero en la década de los setenta y ochenta del siglo pasado no había una percepción

8. Ximena Valdés et al., *Historias testimoniales de mujeres del campo* (Santiago, 1983).

clara de ello. Más importante aún, y lo quisiera subrayar, es que el inquilinaje no era simplemente un sistema económico ni para el hacendado ni para el inquilino.

b) Aspectos políticos

Como ha señalado José Bengoa, el poder político de los hacendados en el campo se basó no sólo en el control de la tierra, sino también en el control de la gente. Durante las primeras décadas de la época de la Independencia, el control de la gente significó no sólo el dominio sobre docenas de inquilinos dispuestos a trabajar en el campo, cosechar el trigo, llevar mensajes y atender a las tareas domésticas en la casa del fundo, sino también la defensa de los intereses del patrón, con las armas cuando fuera necesario.

El Estado conservador se basaba en una "sociedad de notables", en la cual los grandes hacendados del Valle Central eran el elemento dominante. Sublevaciones armadas regionales del norte minero y del sur molinero cuyos líderes tenían inclinaciones democratizantes (estilo siglo XIX) fueron aplastadas en 1851 y 1859, y el Estado centralizador se fortaleció.⁹ En la medida en que los ingresos de la exportación minera hicieron posible una burocracia mayor y más autónoma, el Ejecutivo insistió en que sus candidatos aparecieran en las listas electorales, y después movilizó a la Guardia Nacional y a los empleados públicos para que votaran por los candidatos oficiales.

Ya por 1870, la "fronda aristocrática", y especialmente los grandes hacendados, se vieron obligados a combatir las maniobras presidenciales con sus propias manipulaciones dentro del juego democrático; es así que en 1874 lucharon por una Ley de Reforma Electoral que diera derecho a voto a todo hombre alfabeto, una precocidad democrática que por aquellos años funcionaba efectivamente sólo en Francia, los Estados Unidos y Suiza.¹⁰ La clase hacendada chilena, sin embargo, apoyó la reforma electoral no por una fe visionaria en las responsabilidades cívicas del bajo pueblo, sino como una forma de contrarrestar la autonomía creciente del Estado liberal.

Con la Reforma Electoral de 1874, y en adelante, los poderosos terratenientes comenzaron a inscribir a sus propios trabajadores en los registros electorales de la comuna, y después a imponerlos o —si fuera necesario— comprarles el voto. Constituía éste, entonces, un motivo poderoso para la presencia de un leal y generalmente obediente inquilinaje. Nadie, por ejemplo, visitando la gran hacienda de San José de Carmen (El Huique), hogar de una población residente de más de mil personas (y de dos Presidentes chilenos), puede dejar de sentir su importancia social y política. El poder político que para la clase hacendada representaba un inquilinaje subordinado, salta a la vista en el pequeño y fascinante libro de Arturo Valenzuela. Incluye un cuadro de su libro que da el número de personas inscritas en los registros electorales de la provincia de Rancagua, divididas por ocupación, antes y después de la Reforma Electoral.

CUADRO 1. El electorado en la provincia de Rancagua

Ocupación	1872	1878
Propietarios y capitalistas	142	11
Profesionales, comerciantes y otros	167	625
Empleados públicos y privados	111	151
Agricultores (incluye inquilinos)	780	5.223
Artesanos y otros trabajadores especializados	266	1.573
Mineros	14	115
Obreros y otros de estrato bajo	0	24
TOTAL	1.480	7.722

Fuente: Valenzuela, *Democratización vía reforma*, 119

El término "agricultor" en los censos del siglo pasado excluía "peones" y "gañanes" (que tenían sus propias categorías), pero incluía a los inquilinos (que no fueron separados estadísticamente hasta los años treinta). El incremento inaudito en la categoría de "agricultores" en el Cuadro 1 sólo puede significar la inclusión de miles de inquilinos, fraudulentamente calificados casi de la noche a la mañana para aumentar las votaciones de la clase terrateniente. Como consecuencia, los terratenientes mantenían un peso exagerado en la política nacional. A pesar de los enormes cambios en el país, que incluían el rápido desarrollo del sector minero y el crecimiento de la población urbana, el poder político del campo no disminuía: había más senadores y diputados vinculados a la clase hacendada en 1900 que en 1850; el campo se mantuvo sólidamente conserva-

9. Maurice Zeitlin, *The Civil Wars in Chile (or the bourgeois revolutions that never were)* (Princeton, 1984), Cap. 2.

10. Samuel Valenzuela, *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires, 1985), 12-19 y 106-21.

dor por los años del Frente Popular y hasta la década del sesenta de este siglo.

En un cierto sentido, y paradójicamente, el hecho de que los terratenientes tuvieran que competir por votos en una democracia precoz pero abierta al fraude, ayuda a explicar la retención de un arcaico inquilinaje subordinado. Los hacendados entendían perfectamente la ventaja política que les conferían sus inquilinos, y entendían también que si los expulsaban, perderían su base electoral. En cambio, por ejemplo, ni los Junkers ni tampoco los contemporáneos hacendados mexicanos tenían que preocuparse de los votos del campesinado.

Continuando con la hipótesis contrafactual, la proletarianización de los trabajadores rurales habría producido otras y más desagradables ramificaciones. Aun si los hacendados hubieran conservado una parte de su poder político hasta los años treinta, es difícil imaginar que un campesinado proletarianizado hubiera aceptado las mismas alianzas de clase que hemos descrito antes. Si se hubiera liberado del dominio patronal y paternalista, podríamos imaginar para los años posteriores a la crisis de 1930, un campesinado organizado en sindicatos, rebelde a prestar su apoyo a los patrones, aliado con algún movimiento urbano, tal como de hecho sucedió treinta años más tarde.

c) Aspectos sociales y culturales

Aparte de los factores económicos y políticos que explican la persistencia del sistema rural chileno, indudablemente también han pesado elementos sociales y culturales. Las entrevistas y encuestas recogidas al iniciar la Reforma Agraria, las indagaciones de Brian Loveman en los archivos de la Oficina del Trabajo, los testimonios de las *Mujeres del campo*, publicados por Ximena Valdés y otras investigadoras, representan una rica fuente de información para la reconstrucción de las ideas y valores no sólo de la gente humilde, sino también de los patrones.

Es sumamente importante entender los lazos de afecto y miedo, el odio y hasta el amor entre patrón y trabajador, para explicarse la larga atracción de una comunidad de opresión. Analizándolo desde la perspectiva del patrón, creo que la idea de "servicio personal" ha sido muy importante al respecto. Aunque personalmente nunca he gozado del "servicio personal" de docenas de sirvientes que me ensillan el caballo, que silenciosamente me abran las puertas, que atiendan a mis huéspedes y me ofrezcan —púbicamente al menos— respeto y

deferencia, y todo casi sin pago, puedo imaginar sus atractivos. En mi país, lo más parecido a la subordinación o deferencia, estilo *ancien régime*, se encuentra alrededor de la persona del *Grand Seigneur* de Negocios, que goza del servicio obscuro de docenas de secretarías y empleados; pero aun este ejemplar está en peligro de extinción, ante el asalto de la revolución feminista.

No dudo de que el placer de dar órdenes, de ser servido, pesaba mucho en cualquier decisión que tomara el hacendado chileno en cuanto a las supuestas ventajas de la "modernización" o la "proletarianización". La satisfacción del "servicio personal" para quienes lo recibían es tan difícil de cuantificar como muchos otros elementos importantes en la explicación histórica; sin embargo, debe haber sido una razón poderosa para la larga duración del inquilinaje.

El "servicio personal" en el campo derivó de —y a la vez condicionó— un sistema de "poder y subordinación" cuyas raíces se encuentran en la encomienda del siglo XVI. Y esta relación de poder y subordinación estableció —como siempre lo hace— que a la sombra del "servicio personal" se levantara la posibilidad del "castigo personal", en este caso, el derecho que se arrogaban los terratenientes o sus delegados para multar o azotar a los trabajadores que declaraban fuera de la ley. No creo que exista un estudio sistemático sobre este triste tema, pero tengo la impresión de que el grado de "servicio personal" y "castigo personal" que perduraba en el campo chileno hasta hace pocas décadas, había desaparecido con la Revolución Francesa, con la Revolución de 1910 en México, y que no existía, por ejemplo, ya antes de los tiempos de Bismarck en Alemania. Tampoco puedo imaginar a mi bisabuelo en Kansas, siglo XIX, inclinando la cabeza y dejándose azotar, y ni aun dejándose convencer de prestar "servicios personales" a nadie. La esclavitud negra, por supuesto, siempre es tema aparte.

5. Conclusión

Espero que este bosquejo, aunque un poco rápido, haya servido para subrayar ciertas características de la historia chilena que parecen poco comunes a un extranjero. En comparación con otros países, la persistencia en Chile de un sistema señorial y la falta de un movimiento político campesino hasta mediados del presente siglo me parecen excepcionales, y he tratado de sugerir cuáles han sido las consecuencias de tales procesos.

Ahora, en julio de 1989, tenemos ante los ojos el *dénouement*; vemos cómo ha resultado, al menos

hasta el presente. En los tiempos de Ibáñez y Alessandri, los hacendados tomaron el camino que habían rechazado un siglo atrás. Desalojaron a los inquilinos o los convirtieron en proletarios pagados casi totalmente en efectivo. En 1964, sólo el 6 por ciento de la población rural económicamente activa se describía como inquilinos. Durante los siguientes seis o siete años, los gobiernos de Frei y Allende irrumpieron en esta tardía transición al capitalismo, buscando una solución urbana al persistente problema de "poder y subordinación" a través de programas de cooperativismo y colectivismo, respectivamente. Desde 1973, parece que el Chile rural hubiera tomado el "camino granjero", con ciertas características prusianas.

Parece obvio que la transición retardada o incompleta al capitalismo agrario durante los cien años anteriores a 1960 tuvo un impacto profundo en la historia reciente del país, y he tratado de imaginar algunas sendas alternativas para explorar la importancia de la experiencia realmente vivida. La persistencia de la estructura señorial no fue especialmente dañina para la agricultura: durante las tres primeras décadas de este siglo, o sea el

punto máximo del desarrollo del inquilinaje, el área cultivada en el país se duplicó y la producción agropecuaria global se incrementó a una tasa anual de 3 por ciento. Sin embargo, si creció la agricultura, la minería y la industria lo hicieron más rápidamente, y después de 1930, la mayoría de la población ya residía en las grandes ciudades. Todo este proceso, sin embargo, no fue acompañado por un cambio correspondiente a nivel político. La clase hacendada, apoyada por un campesinado aislado, intimidado y cooperativo, pudo mantener una influencia desproporcionada hasta hace unos veinticinco años.

Si los terratenientes hubieran tomado el "camino prusiano" en el siglo pasado, probablemente habrían modernizado la agricultura mientras debilitaban su propia base política; si los inquilinos hubieran abandonado el fundo o si hubieran aceptado su destino de proletarianización, los podemos imaginar con menos seguridad, y a cambio con más influencia política...

Pero todo esto suena a soñar con el oro de California, así es que ¡basta de historia en modo sub-juntivo!

(Versión en español del autor, revisada por P. Matta)